

tranquilada espantosa; pero negro
hora del sermón y me tranquilicé por
completo. Dios ayudó al predicador
para tranquilizarnos á todas.

Quando el Padre Director salió del



VI

Durango, Abril de 1898.

Mi querida Julia:

PUEDO decir que dispongo de breves instantes para escribirte mi última carta, lo cual siento en verdad; pues tal vez con más reposo y más tiempo pudiera grabar en el papel, con mejor éxito, cuanto mi mente concibe, al pensar en darte los últimos detalles de los Ejercicios. Pero como no puedo prometerme más que el tiempo últimamente indispensable, haré por concluir ahora mi narración, y si no lo consigo, perdona que te divida esta carta en dos.

Me sucede en este momento que es-

Te dije que al despedirse el Padre Director, la noche antes del día de gloria, nos citó para el Cielo; pues bien, con esta cita el entusiasmo de las ejercitantes subió de punto, y aún nos entu-

eribo, lo que á un poeta, que intentando decir lo que siente acerca del nombre dulcísimo de María, después de decir que *es ardiente beso del aura gentil* lo compara con la voz del querube que supone vagando *entre flores*; y no satisfecha la fantasía del vate, sigue buscando símiles en el cielo; pero como lo que hay allá no lo pudo expresar ni el mismo San Pablo, se entretiene el cantor en escoger de aquí abajo lo más tierno, lo más arrobador que encuentra; y el arrullo de la paloma torcaz, el murmullo de la fuente escondida entre la umbrosa selva, el suave aroma de los nardos en flor y todo cuanto pudiera encontrar la inspiración de un poeta de hermoso sobre la tierra, en los mares y en el espacio, nada le satisface, y concluye pidiendo á la divina Señora, que le permita balbutir su nombre adorado durante los últimos instantes de su vida, y *volar á su lado al seno de Dios.*

tranquidau espantosa; pero negro
hora del sermón y me tranquilicé por
completo. Dios ayudó al predicador
para tranquilizarnos á todas.

Cuando el Padre Director salió del

vd., yo le pagaré daños y perjuicios.»
—No hubo remedio, mis versos ya no
eran míos.

Pero es necesario ir por orden. v voy

Así yo, querida Julia, por más que me esfuerzo en buscar palabras y conceptos apropiados á lo que mi corazón siente, nada me satisface, y si no me hubiera impuesto la dulce tarea de escribirte la serie de cartas entre las cuales debe figurar esta última, para no dejar trunca mi narración, rompería la pluma y me concretaría á decirte: «Julia, amiga querida, procura tomar los Ejercicios y haz por encontrar las inspiraciones del cielo que allí llueven, y sólo así sabrás lo que es el santo Retiro.»

Mas debo cumplir con mi promesa, y haré cuanto me sea posible para que mi pobre inteligencia siga presentándote siquiera sea pálidos reflejos de la esplendente luz que alumbra, por favor divino, á mi corazón

Te dije que al despedirse el Padre Director, la noche antes del día de gloria, nos citó para el Cielo; pues bien, con esta cita el entusiasmo de las ejercitantes subió de punto, y aún nos entu-

cribo, lo que á un poeta, que intentando decir lo que siente acerca del nombre dulcísimo de María, después de decir que *es ardiente beso del aura gentil*

siasmó más un hecho que despertó toda nuestra curiosidad.

El Padre Director durante la cena nos repartió á todas unos papelitos que llevaban escrito un sagrado nombre, aunque no igual en todos; pues en unos, como en el mío, decía: «La Purísima;» en otros, como en el de la señorita que tenía á mi derecha, decía: «El Sagrado Corazón de Jesús;» y en otros, como en el de una graciosa viejecita que tenía á mi frente, decía: «Señor San José.» El Director nos encargó que guardásemos nuestros papeles y que tuviéramos cuidado de llevarlos otro día á la hora del desayuno.

Las mujeres dicen, somos curiosísimas, y hay en esto mucho de verdad; lo que pudo probarse perfectamente esa noche en que ya podíamos hablar algo, al contemplar con qué ansiedad nos preguntábamos unas á otras qué significarían aquellos misteriosos papelitos, que se hacían dignos de nuestra estimación

vd., yo le pagaré daños y perjuicios.»
—No hubo remedio, mis versos ya no eran míos.

Pero es necesario ir por orden. v voy

con sólo llevar escritos tan dulces nombres.

Es necesario abrir aquí un paréntesis y contarte un episodio que va á causarte risa. Tienestú, que aún no me sacudo la tentación de hacer versos, y héteme allí que el Padre Director me encontró *infraganti* dando vuelo al sentimiento del amor á Jesús, manifestándolo en unos desaliñados cuartetos. Te digo que me sorprendió el Padre Director en esta tarea, y vas á ver qué hizo conmigo.

En la hora de descanso de cinco á seis de la tarde, el día consagrado á la meditación del juicio me senté como las otras tardes en el borde de la pila del jardín. Allí me asaltó la tentación de versificar y no la resistí; tenía necesidad de algún desahogo, y creí encontrarlo en mi pobre lira.

Leía el librito del Abate Bolo, precisamente uno de sus más hermosos artículos, que lleva este título: «Amarás,»

cribo, lo que á un poeta, que intentan-
do decir lo que siente acerca del nom-
bre dulcísimo de María, después de de-
cir una *caudiente beso del aura gentil*

y allí; en el revés de una carta tuya es-
cribí lo siguiente:

¡Qué gratas horas
Pasé á tu lado,
Mi bien amado,
Mi dulce bien!

Tuya es mi vida,
Sé mi consuelo;
Eres mi cielo,
Mi eterno bien.

Quando despierta
Y hasta en el sueño
Sé tú mi dueño
¡Dulce Jesús!

No me abandones . . .
Edén de flores,
Con tus amores
Mi alma será.

Apenas los había leído un momento
después de escritos, cuando sentí que
alguien me espiaba, y como me lo figu-
ré, era el Padre Director, quien me pi-
dió el libro. Yo quise ocultarle el papel;
pero no lo permitió, sino que me dijo:
«Estos versos los tomo con permiso de

vd., yo le pagaré daños y perjuicios.»
—No hubo remedio, mis versos ya no
eran míos.

Pero es necesario ir por orden, y voy
á comenzar á hablarte del día de gloria.
Dormí con sobresalto la noche anterior,
que me pareció larguísima, sin duda por-
que estuve despertando incesantemente.
El pensamiento de la gloria, del regocijo
eterno, del amor sin fin tenía embargadas
mis potencias y sentidos, y una ansie-
dad indefinible, más grata que el sueño
tranquilo y más dulce que las melodías
creadas por los genios del arte de Euter-
pe, me dominaba por completo.

Por fin sonaron las cinco de la mañana
y dejé con precipitación la cama, y me
preparé á salir en breves momentos.

Creo que á todas mis compañeras les
había pasado lo mismo que á mí, pues
ya me las encontré listas y con semblan-
tes sonrientes y revelando todas la más
completa satisfacción.

En esos momentos comenzaba á na-

parcir en el rico pensil nuestros perfumes.
Llorando me incliné á recoger un par de
pensamientos y una rosa que coloqué
entre las hojas del libro que me supongo
habrás ya recibido.

cer el nuevo día y cintilaban aún las estrellas, que iban opacando su brillo á medida que el astro rey teñía de grana el oriente, dorando á algunas pequeñas nubes que aparecían como precursoras de aquel gran día.

Ya sabes, querida Julia, que en esta hermosa Durango se anticipa mucho la primavera y es una delicia el despertar de esta bellísima estación, sobre todo cuando se percibe el embriagante aroma del azahar. La mañana á que me refiero, *de apacible ambiente*, como diría Selgas, *de suave aroma y celestial olor*, nosotras las ejercitantes nos encaminamos á la Capilla *respirando amor*; amor sin resabios, sin inquietudes, amor tan puro ó más que los blancos azahares de que se desprendía el balsámico aroma...

Noté que el Padre Director, que había dado ya la Sagrada Comunión, como todos los demás días, á algunas señoras que no podían permanecer mucho en ayunas, manifestaba en su semblante

alguien me espiaba, y como me lo ignoré, era el Padre Director, quien me pidió el libro. Yo quise ocultarle el papel; pero no lo permitió, sino que me dijo: «Estos versos los tomo con permiso de

una inmensa alegría, la que al comenzar el himno al Sagrado Corazón de Jesús, le nubló los ojos de lágrimas. . . . Pasó el himno, la Letanía de todos los Santos, y por fin vino la meditación primera de ese felicísimo día. *¡Qué bellos son tus tabernáculos, oh Sión dichosa! ¡Cuán felices son tus moradores! . . . Julia, amiga mía, no, no debo profanar con mi torpe lengua aquellos instantes, que están escritos en el libro de la vida allá en el cielo, y además no hay idioma sobre la tierra capaz de expresarlos. . .*

La música, que se une al corazón para sentir más con ella, debía tomar parte en la íntima conversación de amor divino que íbamos á empezar con nuestro buen Dios. . . . Yo deseaba algo que ayudara á mi pobre alma á volar hacia el cielo, y lo conseguí con la música que me sorprendió gratamente en esa mañana. El Padre Director tuvo cuidado de que no faltaran en aquella hora de verdadera delicia, los suaves acordes, la armonía

parcir en el rico pensil nuestros perfumes. Llorando me incliné á recoger un par de pensamientos y una rosa que coloqué entre las hojas del libro que me supongo habrás ya recibido.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del Altísimo. La música, Julia, la música, que me pareció divina, acompañó nuestra meditación, produciéndonos un efecto indecible; las lágrimas, emanadas del corazón, rodando á torrentes, silenciosas, por nuestras mejillas, fueron una prueba nada equívoca del estado felicísimo de nuestras almas

En la Misa, á la que estoy segura asistieron los ángeles de nuestra guarda con rostros sonrientes, para ofrecer nuestras lágrimas de amor al Salvador de las almas, que se sacrificaba una vez más por nuestro bien, las dulces melodías del armonium, los suaves acordes del violín y de la flauta, y la delicada voz de una de las señoritas ejercitantes, que cantó muy bien una plegaria tiernísima y llena de unción á la hora de elevar el Sacerdote el Cuerpo y Sangre de Nuestro

alguien me espiaba, y como me lo ignoré, era el Padre Director, quien me pidió el libro. Yo quise ocultarle el papel; pero no lo permitió, sino que me dijo: «Estos versos los tomo con permiso de

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado en-

Señor Jesucristo, contenido con su alma y su divinidad en las divinas especies sacramentales, elevaron nuestras almas á los más puros deseos del cielo.

La Comunión de las ejercitantes fué general y fervorosa; y cada una, al unirse á Jesús Sacramentado, estoy segura que estuvo elocuente en sus expresiones de amor y de gratitud.

Salimos al refectorio, y el corredor estaba alfombrado de flores naturales. La rosa de Castilla, los lirios, los pensamientos y los hinojos nos hacían los honores presentándonos sus tallos, sus corolas abiertas y su verde follaje para que pasáramos sobre ellos. Me parecía que nos decían: *Teneis el alma más cándida que nuestros aterciopelados ropajes, y sois más puras en estos momentos que nosotras al esparcir en el rico pensil nuestros perfumes.* Llorando me incliné á recoger un par de pensamientos y una rosa que coloqué entre las hojas del libro que me supongo habrás ya recibido.

de los instrumentos musicales inventados por los hombres, remedos sin duda alguna de los que causan las delicias de los bienaventurados junto al Solio del

En el desayuno todas gozamos con el obsequio que el Padre Director nos repartió como recuerdo de los Ejercicios; pero yo más que nadie, pues el obsequio consiste en una artística estampita de pasta trasparente á la que cubre una ancha tira de listón, que lleva impresa la fecha de ese día y mis versos, Julia, los versos que me obligó á darle el Padre Director.

La estampita era repartida conforme al papelito que íbamos presentando; á mí me tocó una Purísima, á quien le dediqué luego este cuarteto:

¡Qué dulces son las horas que á tu lado
Paso, tus gracias y tu amor gozando!
¿Cuándo, Señora, cuándo habré volado
Hacia tu alcázar sempiterno, cuándo?

.....
Imposible, Julia, me es imposible seguir escribiéndote; estamos en la Semana Mayor y hay mucho que hacer. Espera pronto la conclusión de mis cartas.

Tu amiga

ELVIRA.

Me habían pintado los Ejercicios de una manera tan exageradamente austera, continuó, que, la verdad, me espantaban; pero el año próximo pasado en-



VII

Durango, Abril de 1898.

Mi querida Julia:

COMO te digo en mi anterior, nada podrás satisfacerme de cuanto escribo con el fin de dar las últimas pinceladas al interesante cuadro que me he propuesto pintarte. No soy artista, pero sí, presumo que si al pintor le sucede lo que á mí en los últimos detalles de su pintura, mucho arriesga sin duda, puesto que si las últimas pinceladas no son propias y exactas, sino que por el contrario, resultan impropias y mal dadas, aunque halla partes dignas de elogio en el cuadro, el conjunto resultará defectuosísimo.